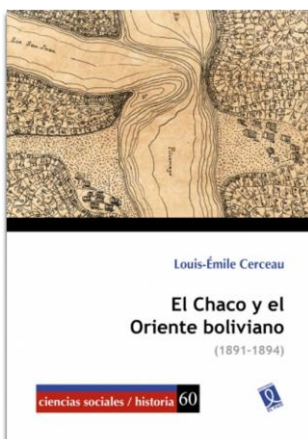




Revista de Indias, 85 (293)
enero-abril 2025, 1744
ISSN-L: 0034-8341, eISSN: 1988-3188
<https://doi.org/10.3989/revindias.2025.1744>

Cerceau, Louis-Émile. 2024. *El Chaco y el Oriente boliviano (1891-1894)*. Traducción y edición de Antoine Rousseau, Cecilia Martínez, Isabelle Combès y Rodrigo Montani. Santa Cruz de la Sierra (Bolivia): Editorial El País. 260 pp. Colección Ciencias Sociales e Historia, 60.

Diego Villar

IICS CONICET / UCA Argentina

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-0648-5024>

diego_villar@uca.edu.ar

El año pasado, hurgando en los archivos de la Sociedad de Geografía de París, un equipo franco-argentino de antropólogos e historiadores recobró un manuscrito inédito de Louis-Émile Cerceau que ofrece una nueva visión del Chaco argentino y el Oriente boliviano a fines del siglo XIX. Para contextualizar un dossier compuesto de 198 páginas, 7 capítulos, 22 croquis y un mapa que registran los pormenores de su viaje a Sudamérica entre 1891 y 1894, Antoine Rousseau, Cecilia Martínez, Isabelle Combès y Rodrigo Montani expresaron las fuentes recobrando la escasa información disponible sobre este viajero prácticamente desconocido en la Biblioteca Nacional de Francia, los archivos del departamento Nièvre, la Escuela polytechnique de París o el Servicio Histórico de Defensa de Francia, y asimismo las colecciones de diversas instituciones bolivianas como el Fondo Prefectural del Museo Histórico de Santa Cruz de la Sierra o el Archivo Nacional de Bolivia en Sucre.

Hijo de un carpintero y una costurera de Nièvre, Cerceau nace en Varzy el 3 de agosto de 1862. Se forma en la *École Polytechnique* de París y en la *École d'Application de l'Artillerie et du Génie* de Fontainebleau. Los informes docentes evocan a un alumno físicamente pequeño, inteligente, pero con resultados mediocres; en efecto, pronto abandona la escuela militar, se casa con una muchacha de Fontainebleau y comienza a trabajar en la compañía ferroviaria París-Orleans. Al poco tiempo, no obstante, abandona todo para buscar fortuna en Sudamérica: recorre Chile, Argentina y Bolivia proyectando emprendimientos ferroviarios y en Rosario conoce a María Ana Beaujour, con quien contrae nuevamente matrimonio y tendrá dos hijos. Mientras tanto, planea expediciones a las tierras bajas bolivianas, donde espera encontrar un “paraíso terrenal”.

Sería incorrecto, sin embargo, asumir que durante los casi dos años del periplo sudamericano la visión de Cerceau se mantuvo inalterable. Los primeros textos están dedicados al Chaco y los últimos al Oriente boliviano y, si bien todos comparten un cierto tono pionero, hay algunas diferencias notorias: si en la primera parte —más joven y despreocupada— predomina la lógica del descubrimiento, propia del explorador, en la segunda —más madura y atemperada— aflora una lógica tal vez menos atractiva y más propia de la gestión del emprendedor, el funcionario o el potencial administrador.

En la primera parte, el entusiasmo que desborda las páginas dedicadas al Chaco no se ve obturado —es más: parece reforzado— por una serie de pasos de comedia en los cuales el autor revela su inexperiencia, equívocos e improvisaciones, y no faltan las ocasiones en que el joven ingeniero se desorienta o se pierde en el monte por varias semanas, como cuando aprecia erróneamente el curso del río Bermejo y viaja en dirección Oeste-Este cuando en realidad el río corre sobre el eje Noroeste-Sureste, con el resultado de que su comitiva termina a orillas del río Pilcomayo cuando esperaba llegar a la provincia de Corrientes. Evidentemente, a Cerceau lo seduce la tentación de aventurarse en un territorio virgen, desconocido, inmaculado, en el cual el terreno es arduo, los guías con charlatanes o se pierden, y cada jornada se padecen la malaria, los insectos, los animales salvajes y hasta los eventuales ataques indígenas. Al mismo tiempo, las ciudades (Orán, Salta, Tarija o Santa Cruz de la Sierra) son descritas casi al pasar como si fueran sitios neutros, carentes de interés, mientras que una escena dramática como el duelo entre dos indígenas wichís por una mujer amerita un espacio argumental más extenso.

Sin embargo, pese a la retórica pionera, Cerceau no puede dejar de dibujar un Chaco en movimiento que, si bien no está todavía completamente colonizado, no es en modo alguno una comarca edénica, puesto que desde hace siglos había sido surcada una y otra vez por viajeros, naturalistas, militares, ganaderos, comerciantes o misioneros, y hasta en parte había comenzado ya a mecanizarse por medio de rutas viales y redes ferroviarias. En este sentido, resulta de particular interés su testimonio de primera mano sobre la batalla de Kuruyuki. A fines del siglo XIX, la mayoría de los antaño orgullosos chiriguano —que en su momento habían desafiado al propio Virrey Toledo y resistieron durante siglos el avance colonizador— trabajaban ya como peones en las haciendas o se asilaban como neófitos en las misiones franciscanas. En 1892, un último levantamiento encabezado por el profeta Apiaguaiki Tumpa llamó a exterminar a los criollos afirmando que sus balas se convertirían en agua. Luego de una serie de escaramuzas, la rebelión culminó en la batalla campal del 28 de enero de ese mismo año, en la cual los indígenas fueron masacrados por el ejército boliviano. Uno de los principales motivos de la derrota indígena fue la falta de acuerdo entre los propios chiriguano, divididos no solo entre los rebeldes y aquellos que no creían ya en la lucha armada, sino también en facciones autonomistas y otras que apoyaban al ejército, a los colonos criollos o a los franciscanos. Pues bien, Cerceau es un testigo ambiguo de todos estos hechos: si bien reconoce que los chiriguano se rebelan contra las condiciones de vida infrahumanas, se enrola sin dudar en la milicia local y, por más que deplora algunos efectos puntuales de la colonización, jamás cuestiona que la misma sea justa y necesaria.

Desde un punto de vista estrictamente etnográfico, resaltan en su observación antropológica las asimetrías valorativas sobre los diferentes grupos humanos: así, por ejemplo, resulta notorio que los contactos locales sean identificados con nombre y apellido cuando se trata de habitantes urbanos pero de forma anónima en el caso de los pobladores rurales; o bien que repita prejuicios popularizados como la oposición “camba” (poblador de tierras bajas) vs. “colla” (poblador de tierras altas), siendo los últimos percibidos como gente mezquina, mentirosa y traicionera, e incluso principales responsables de la debacle de Kuruyuki; o, tal vez menos sorprendentemente, que recicle

las usuales escalas evolutivas de complejidad cultural que ubican en el tope de la clasificación interétnica regional a los pueblos de habla guaraní (sedentarios, agricultores) y en la base a los grupos chaqueños (nómadas, cazadores-recolectores), un patrón, por otra parte, compartido ampliamente en las obras de funcionarios como Baldrich o Trigo, misioneros como Gobelli o Giannechini, o hasta etnólogos reconocidos como Nordenskiöld o Métraux.

La segunda parte del libro, en cambio, está dedicada al departamento de Santa Cruz, que en Cerceau parece funcionar como sinécdoque de todo el “Oriente boliviano”. Esta nueva etapa comprende tres viajes —la exploración del río Yapacaní, un viaje a las antiguas misiones jesuíticas de Chiquitos y la expedición al río Paraguá en busca de árboles de goma elástica—, y es auspiciada por la prefectura de Santa Cruz y por diversos empresarios cruceños. A pesar de la mencionada idealización del Oriente boliviano, su conocimiento de las antiguas misiones de Chiquitos es más bien precario, y buena parte del texto recicla los mitos locales que circulan sobre la era del esplendor jesuita: el último fraile oculto tras la expulsión de 1767, los tesoros perdidos en medio del monte, la presunta riqueza sin fin de recursos minerales. De hecho, es evidente que tanto la percepción de Cerceau del período jesuítico como asimismo del eventual potencial económico de la zona se ven tamizadas por la agenda de la explotación minera.

Otro leitmotiv de estas últimas páginas se comprende mejor a la luz de su vocación de ingeniero. Si por un lado Cerceau se involucra en un proyecto de reparación del antiguo colegio misional de la iglesia de San José, por el otro es innegable que estas expediciones se inscriben en un proceso histórico de alcance más general, que es la constante búsqueda cruceña de vías más eficientes de comunicación y de salida hacia el Atlántico. A nivel personal este anhelo se plasma en una suerte de utopía modernista, cifrada en el diseño de una red panamericana de vías ferroviarias que a su vez traduce las líneas de fuerza de una particular agenda geopolítica: Cerceau sueña que, mediante concesiones en Brasil, Argentina, Bolivia y Paraguay, la infraestructura ferroviaria se transforme en un factor estratégico del comercio y las comunicaciones sudamericanas garantizando la influencia francesa frente a las pretensiones monopólicas de los Estados Unidos.

Cerceau termina de escribir su manuscrito en Rosario, presumiblemente con la esperanza de que lo publique la Sociedad de Geografía de París. Solo para dar una idea del tono de la exposición, copio unas líneas que combinan el paternalismo, la pulsión exotizante, las precariedades que dan forma material a la aventura boliviana y hasta la *hubris* colonial: “Toda mi gente se dispersó de inmediato en las chichas y era imposible juntarla. Camacho permaneció tres días escondido entre su familia. El sargento Pérez tuvo discusiones a mano armada con los habitantes. Osuna, a quien había mandado a buscarlo, no volvía. Cada vez que tenía a tres hombres juntos me faltaban cuatro. Valiéndose de la ausencia de órdenes, el corregidor se negaba a darme víveres y requisar los dos burros que pedía. En fin. En un momento en que logré reunir a los tres militares, di una orden escrita a Osuna para que arrestara al corregidor y lo mantuviese encarcelado hasta conseguir lo que necesitaba. Obtuvimos los burros y algunos víveres y teníamos que salir al día siguiente. Había invitado a Osuna y Pérez a una especie de banquete que hice durar hasta la madrugada para que no se me escapasen en la noche. En vano. En la mañana los burros no estaban en el corral donde los habíamos encerrado. Había que volver a empezar. No podía culpar al corregidor que, en cuanto fue liberado, se había escapado o escondido. Sin embargo, había que acabar con todo eso. Mientras todas las casas estaban todavía cerradas y los habitantes dormidos, ordené agarrar y cargar a los dos primeros burros que se encontrasen, sin importar quienes eran sus dueños. Dicho y hecho, salimos para Pampagrande” (pp. 157-158).

Al reconstruir la biografía de Cerceau, los editores reconocen las brechas documentales y a la vez se preocupan por ir más allá de ciertas claves de interpretación tan frecuentes en la literatura

que, a esta altura del partido, parecen ya casi trivialidades: la díada civilización/barbarie, el evolucionismo, los prejuicios coloniales o sexistas. Para lograrlo, intentan desmarcar a Cerceau del canon del naturalismo establecido por figuras como Castelnau, Thouar, Crevaux o Weddell, e identifican las trazas particulares que diferencian su manuscrito de los de otros viajeros de la época. En efecto, sin dejar de traslucir las pretensiones culturales de cualquier viajero culto, no puede decirse que la suya sea la típica narración naturalista: más allá de alguna experticia sobre mineralogía, el texto evidencia el desconocimiento de cuestiones etnográficas, históricas, zoológicas, botánicas, cartográficas y hasta geográficas. Al mismo tiempo, los editores sugieren que la experiencia personal tuvo un impacto excesivo en la elección de los temas y la propia redacción del manuscrito. Así, por ejemplo, Cerceau no habría escrito sobre sus viajes andinos porque su experiencia en las tierras altas no le brindó el pintoresquismo o las aventuras que tan fervientemente anhelaba, y ese exceso de subjetividad parece haber sido el obstáculo que habría impedido la publicación del texto en los anales de la sociedad geográfica parisina. Al transcribir, traducir y publicar su relato de viaje, los editores reparan aquella omisión, dan una nueva oportunidad insospechada a los sueños de Cerceau y —lo que es sin duda motivo de celebración— los ponen a disposición de los lectores hispanohablantes.